

definitivo. Los cántabros y astures, oprimidos por el número de sus enemigos, ó buscan una muerte desesperada en las lanzas romanas, ó se la dan con sus propios aceros: en los valles y en los montes se reproducen las escenas de Sagunto y de Numancia: las madres degüellan á sus propios hijos para que no sobrevivan á la esclavitud, y solo así logran las águilas romanas penetrar en las montuosas regiones de la Península.

«La España (ha dicho el mas importante de los historiadores romanos), la primera provincia del imperio en ser invadida, fué la última en ser subyugada.» No somos nosotros, ha sido el primer historiador romano el que ha hecho la mas cumplida apología del genio indomable de los hijos de nuestro suelo.

IV.

Reducida España á simple provincia de Roma, con dioses, lengua, leyes y costumbres romanas, cesa ó se interrumpe por siglos enteros la que podemos llamar su historia activa y propia, y comienza su histo-

ria política, si bien refundida en su mayor parte en la del antiguo mundo europeo.

Tocóle á Octavio Augusto llenar una de las mas bellas misiones que pueden caber á un mortal, la de pacificar el mundo que César habia conquistado; y España bajo la paz octaviana recibe la unidad y la civilizacion á cambio de la independencia perdida. Bajo su benéfica administracion descansa España de sus largas guerras, y recibiendo un trato y unas mejoras á que no estaba acostumbrada, no es maravilla que levante templos y altares al primer señor del mundo á quien la lisonja humana habia divinizado. Ciertamente que serian mas hijas del cálculo que del sentimiento las virtudes que le merecieron la apoteosis, y que invocó á las musas para que cubrieran con laureles el cetro con que avasallaba al mundo. Pero los tiempos y los hombres vinieron á enseñar que le faltaba mucho á Augusto para ser el peor de los tiranos.

España vencida ganó en civilizacion lo que perdió en independencia. Recibió artes y letras, lenguaje, culto y leyes tutelares; vió su suelo cubierto de obras magníficas de utilidad y de belleza, de puentes, de acueductos, de grandes vias de comunicacion abiertas por entre las barreras de sus montañas, y fué adquiriendo para sus naturales, ya derechos de ciudadanía, ya participacion en las altas dignidades del imperio. Sufrió una catástrofe, y entró en el número de los pueblos civilizados. Trascurridos siglos, volverá á per-

der su unidad, y no volverá á recobrar su independencia y su integridad material sin el sacrificio de la libertad civil; hasta que con el tiempo logre amalgamar estos grandes bienes de los pueblos: que así lentamente y por estraños caminos van marchando las naciones en la larga carrera de su mejoramiento social.

En el cuadro siguiente veremos á España llorando á Augusto bajo Tiberio, y llegando á sentir á Tiberio bajo el perverso Calígula y los demas mónstruos que deshonoraron el trono imperial. Ella es la que liberta al mundo de la feroz tiranía de Neron, siendo despues mal correspondida por Galba. Vespasiano la dota de los derechos de ciudad latina. Tito la hace gozar de las dulzuras que derrama sobre el género humano, Trajano la enriquece de soberbios monumentos, es feliz bajo los Antoninos, agóvianla los Domicianos y los Decios, y participa de la comun suerte de las provincias del imperio, según que en el trono imperial se sienta la virtud ó el vicio, el lujo ó la modestia, la magnificencia ó la codicia, la dulzura filosófica ó la tiranía brutal, ó el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aun en los siglos en que fué España una provincia del imperio tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana, escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul extranjero que hubo en Roma (nos dice) fué un español. El primer extranjero que recibió los honores del

triunfo, español tambien. El primer emperador extranjero, español igualmente.» ¡Dichoso suelo, que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participacion que la señora del orbe se vió obligada á dar en las altas dignidades del imperio á otros que no fuesen romanos!

Ni fué solo un emperador el que España suministró á Roma. Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo, era un vástago de familia española. Diríase que España se habia propuesto abochornar á Roma, dándole emperadores virtuosos é ilustres á cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le habia regalado.

Con no menor generosidad le pagó su ilustracion literaria. No creeria Roma que la semilla de esta educacion habia de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le habia de volver España una literatura, y que á los Virgilio y Horacios del tiempo de Augusto habia de responderle con los Lucanos y los Sénecas del tiempo de Neron, ni menos que la literatura española habria de imprimir á la romana el sello de su gusto nativo y de trasmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España á su dominadora una institucion, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le habia arrancado; institucion

destinada á aclimatarse en este suelo, y á ser el gérmen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad mas culta y mas regularizada. Verémosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse á veces, resucitar despues, y bajo una forma ú otra, ó vencer ó protestar perpétuamente contra todo lo que tienda á destruirla. Aun conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que mas adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organizacion y en sus funciones.

Pero la civilizacion romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creacion. Era la civilizacion de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilizacion mas pura, mas suave y mas humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podia consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban á sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacian dar culto á las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazon estaba tan gangrenado como los ídolos, y tenia que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiara la faz del mundo y regenerara la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecias, y nació el cristianismo.

Y vino el cristianismo al tiempo que debia venir,

como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios. Vino á dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba á disolver. Vino á reformar por la caridad una sociedad que la espada habia formado y que la espada destruia. Vino á predicar la abnegacion cuando la doctrina sensual del epicureismo amenazaba acabar de corromper á los hombres, si algo les faltaba. Vino á inculcar el sacrificio incruento del espíritu cuando los sangrientos holocaustos humanos servian de placeres espectáculos á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas. Vino á enseñar que los esclavos que se arrojaban á pelear con las fieras y á servirles de pasto eran iguales á los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado á una duracion larga y segura, va poco á poco minando sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco á poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavia despues de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fé, los cargos públicos se conservaban en manos paganas, el senado era pagano, y los decrepitos ídolos tenian la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibian Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en

celebridad *de la superstición cristiana extinguida*. Hombres y dioses se pagaban de estas ceremonias pueriles, mientras el cristianismo que daban por extinguido se iba infiltrando suavemente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

La nueva religion encomienda su triunfo á la tolerancia y á la caridad: la vieja religion apela para sostenerse á las fieras y á los patíbulos. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete á nadie, que cada cual siga la religion que mas guste, y que paganos é infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos, á las hogueras; cristianos á los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente, encienden la fé en el corazon de sus compañeras, y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima, y los hombres de valor, al observar que la fé cristiana inspira el heroismo, proclaman que ellos tambien quieren ser héroes, y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian á las catacumbas: el cristianismo no se compone solo de mártires y de héroes; admite tambien en su seno á los pobres de espíritu.

El martirio no podia retraer de hacerse cristianos á los españoles, siendo los descendientes de aquellos antiguos celtiberos tan despreciadores de la vida. Asi

fué, que ademas de los campeones de la nueva fé que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, solo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires, que por no poderse contar se llamaron *los innumerables*. Esta ciudad, que dió innumerables mártires á la religion, habia de dar, siglos andando, innumerables mártires á la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma, y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y las Tertulianos disipa las mas brillantes utopias de los agudos ingenios del paganismo, los Sócrates y los Platones; y derraman la verdadera luz sobre el enigma de la vida, hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeísmo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán á levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano, emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino, y tuvo que resignarse á ser ejemplo y testimonio de que la idolatría habia acabado virtualmente. «¡Veneciste, oh Galileo!» exclamó: emitió una blasfemia, y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personage bello y colosal. Sábio, virtuoso, activo y elocuente, tan enemigo del paganismo como de la heregía (que la heregía vino luego á luchar con la fé ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia), difunde la luz de su ciencia en los

concilios, preside con dignidad esas asambleas católicas, combate con vigor la heregía arriana, escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor á Constancio la doctrina de la separacion de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo, y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. A la edad de cien años cruza dos veces de una á otra estremidad el imperio, defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personage era un español, era Osio, obispo de Córdoba. La España suministrando emperadores ilustres á Roma: la España suministrando prelados insignes á la naciente iglesia.

Pero el politeísmo, minado ya por la doctrina de la unidad, no habia de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desacreditados dioses y los corrompidos señores debian caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza, á la fuerza habian de sucumbir. ¿Mas dónde está, y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar el coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonadas siglos há desde el Tanais hasta el Danubio, amenazando al imperio, ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hácia el Norte de

Europa. Las mas inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilizacion. Son los godos, vanguardia de otras razas mas salvages todavía, que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean, son rechazados, vuelven á guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse á combatirlos, expió su anterior debilidad siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea, y antes se desplomára, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas, y glorioso paréntesis entre la corrupcion pasada y la degradacion futura, no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo, y era llegado el periodo en que tenia que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan á encontrarse de frente Honorio y Alarico, un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del septentrion. El sucesor de los Césares huye cobardemente á Ravena, y deja abandonada la ciudad eterna á las hordas del desierto. Alarico humilla á la señora del mundo antes de destruirla, y Roma para pagar el precio en que un godo ha tasado las vidas de sus habitantes, despoja los templos de sus dioses y reduce á moneda la estatua de oro del *Valor*. Digna espiacion de Roma pagana y de Roma afeminada. Ella misma saquea sus

dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya mas que molicie.

No contento todavía el bárbaro, entra á saco la ciudad del Capitolio, y la depredadora del universo es entregada á su vez á un pillage general.

La ciudad de los Césares ha sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñoorea de la que fué centro de una civilizacion de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destruccion? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. «Siento dentro de mí, decia el godo, una voz secreta que me grita: marcha y ve á destruir á Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentia, pero el bárbaro no sabia su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos de Roma? El saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo, é interrumpe el saqueo para llevar en procesion las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una mision mas alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono alli mismo donde le tuvo la proscripta dominacion pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio; porque era menester que cuando destruyeran lo que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados

por la idea religiosa. Por eso la Providencia habia dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvages, y los mas dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen ademas el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período más terrible porque ha tenido que atravesar el género humano, porque tambien es la mudanza mas grande que ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos dias desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tribus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sarmatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparan desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Bétis, llevando delante de sí la devastacion y el estermio; y romanos, bárbaros y semibárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el Africa. A pesar de lo que se habia difundido ya el cristianismo, el

mundo llegó á sospechar si Dios habria retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oír desde las regiones de Africa la elocuente y vigorosa voz de un padre de la iglesia, del obispo de Hipona, exhortando á la humanidad á que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando á los hombres que Dios habia querido castigar el mundo antes de regenerarle, y que tendrian un término sus dolores.

Ciertamente si la cólera divina hubiera tenido decretada mas venganza, ningun instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero gèfe de los hunos, Atila, la mas ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir á inundar con sus innumerables y salvages hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predecesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa, que proclamó: «no mas bárbaros ya.» Y aliándose como providencialmente romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en que se habia inoculado la fé, salen al encuentro al mas formidable de todos los bárbaros, y en los campos de Chalons se traba la batalla mas horrible y mas famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado, la sangre de los hunos hace salir de su cauce los rios; el leon del desierto se retira á su cueva, á cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rabia impotente: la barbárie ha sido

rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvages, y si algunos se desgajan todavía, son ya repelidos por los mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrado que la civilizacion se habia salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones, el decrepito imperio romano, mutilado, atacado en su corazon y herido de muerte en su cabeza, va arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada dia algun giron de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder, y el Occidente se asemeja á un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia, y Roma concluye su mision. El imperio que comenzó por un hombre á quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de *Augusto*, termina en Occidente con otro hombre á quien por irrision y sarcasmo se aplicó el de *Augustulo*. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le habia arrebatado Aecio, postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio mas poderoso que ha conocido el orbe.